



Capítulo 535: Si se calcula cada paso

Virgilio y la mujer vestida de blanco estuvieron cara a cara por un momento que pareció prolongarse durante siglos. El silencio era casi tangible, hecho de respiraciones contenidas y auras reprimidas. El viento soplaba a través de los árboles rotos, trayendo consigo un olor acre a ceniza y sangre.

La protectora levantó los dedos, como si sellara un pacto invisible. La energía a su alrededor vaciló, pero no en una explosión— fue un retroceso repentino, como una marea arrastrada de regreso al mar. El peso aplastante que previamente había vibrado en el aire disminuyó, pero la sensación de amenaza no desapareció. Permaneció allí, contenido, como una hoja envuelta en su funda.



Naberius fue el primero en reaccionar. La llama de su espada se atenuó y parpadeó perezosamente. Ella se rió suavemente, aburrida.

"Muy bien. Voy a fingir que respeto tu pequeño juego, anciana. Pero si se vuelve demasiado aburrido, prenderé fuego a este bosque yo mismo sólo para ver el color de tu desesperación."

La protectora inclinó la cabeza, sin mostrar miedo.

"Entonces espero que tengas buen gusto en tragedia."

Zafiro soplaba aire por la nariz, escupiendo humo como un toro enojado. Su aura disminuyó, pero incluso se redujo, parecía un volcán a punto de entrar en erupción.



"Me defenderé..." dijo ella, apretando la mandíbula. "Pero si alguien se mete conmigo, no esperes que me quede sentado como un cachorro obediente."

Sephirothy estaba tan sobrio como siempre. Sus ojos estaban fijos en su protector, buscando defectos en la armadura de arrogancia que llevaba.

"Acepto", dijo con firmeza. "Pero si me doy cuenta de que nos estás usando para algún otro propósito, no dudaré en cortar esa máscara de serenidad junto con tu garganta."

La sonrisa del protector era lenta, casi maternal.

"Bastante justo."

Vergil se rió levemente y ajustó la katana en su hombro.

"Todos ustedes hablan de 'reglas,' 'condiciones,' 'acuerdos'... pero ¿saben qué? Inclinó la cabeza y sus ojos brillaron de color azul. "Las reglas son la mejor parte del juego. Porque romperlos siempre sabe delicioso."

Rafaeline le lanzó una mirada fulminante.

"Cuidado, Virgilio. Estás jugando con fuego en suelo empapado de petróleo."

La protectora dio un paso adelante, con sus mangas blancas deslizándose como olas.

"Muy bien. Ya que aceptas," dijo ella, con la voz baja pero pesada por un decreto, "entonces permanece bajo mi vigilancia. Cualquier cosa tocada



dentro del Árbol del Mundo será permitida sólo hasta el punto en que no amenace el equilibrio. Ni un paso más allá."

Virgilio soltó una risa seca.

"Equilibrio... una palabra elegante para alguien que perdió su propio terreno hace milenios."

Los ojos del protector se entrecerraron y por un segundo el aire pareció congelarse. Pero en lugar de responder enojada, respiró profundamente y cerró los ojos. Cuando los abrió, su voz había cambiado de nuevo: suave, cansada, casi resignada.

"Quizás. Pero todavía sé el precio del colapso. Y tú... todavía no."



Ada apretó el brazo de su madre y su mirada ansiosa se movió entre Vergil y su protector.

"¿Entonces se acabó?" Ella murmuró, como si temiera que la simple pregunta reavivara la batalla.

Rafaelina no respondió de inmediato. Sus ojos permanecieron fijos en la mujer del kimono blanco, como si intentara leer lo que había detrás de esa máscara de fatiga y furia. Finalmente suspiró.

"No ha terminado", dijo casi en un susurro. "Pero por ahora... sigue suspendido."

Un denso silencio envolvió una vez más el claro, lleno únicamente del lejano crujido de las raíces que ardían bajo la tierra. El protector giró lentamente



hacia el corazón del bosque—donde, más adelante, el colossal tronco del Árbol del Mundo pulsaba como una herida abierta en el cielo.

"Sígueme," ella ordenó. "O quédate aquí, esperando que los ecos de lo que has despertado te devoren primero."

Virgilio se secó la sangre del rabillo de la boca y sonrió, con ese destello de locura y deseo que siempre lo acompañaba.

"Ah... finalmente comienza la diversión."

La protectora —no había dado su nombre y nadie se atrevió a preguntar— se giró y comenzó a caminar, sus pasos ligeros sobre las piedras rotas como si caminara sobre las nubes. El grupo dudó por un momento, como si todavía no creyera que una tregua tan precaria pudiera mantenerse, pero finalmente la siguió. Virgilio al frente, Katana descansando sobre su hombro, con los ojos hambrientos; Rafaeline y Ada muy cerca; Sephirothy y Naberius caminando con pasos que marcaban su territorio; Zafiro ardiendo como una antorcha viviente, midiendo cada paso; Sephirothy levantando la retaguardia con su frío letal; Roxanne, Katharina, Vanny, Rize, Titania y Zuri se alinearon, cada uno conteniendo la respiración como si el bosque reaccionara al ruido de sus almas.

El claro dio paso a un corredor de árboles retorcidos. Donde antes el laberinto escondía caminos y trampas, ahora las cicatrices de la batalla ardían en surcos abiertos y raíces expuestas. La protectora se abrió camino como si conociera cada raíz traicionera, cada eco de la magia antigua. De vez en cuando tocaba un baúl, murmuraba algo que nadie entendía —un canto, una instrucción— y las sombras retrocedían, cediendo.

"Caminas como si tuvieras prisa por demostrar tus pecados," comentó, sin mirar atrás. Su voz sonaba más simple cuando hablaba entre pasos, pero había una autoridad en ella que hacía que hombres y monstruos se alinearan. "Camina



con cuidado. El Árbol del Mundo reacciona. Siente quién lo pisa, quién lo desea, quién lo roba."

Virgilio sonrió, una sonrisa que no prometía amabilidad. "Prefiero que el Árbol tenga hambre. Y me gusta morir de hambre."

Naberio chasqueó los dedos y el filo de su espada crujío, enviando pequeñas chispas que murieron antes de tocar el aire. "Siempre eres tan romántico acerca del desastre, ¿no?" él se burló. "¿Prometes que no devorarás todo el tronco en el primer bocado, Verein? ¿O quieres que te convenza de moderar tu glotonería?"

Sephhirothy miró tan cortante que la hoja de Naberius tembló un poco. "Silencio. Aquí no hay lugar para cantar. Sólo lo necesario."

A medida que avanzaban, el bosque parecía multiplicar los sentidos. Regresaron aromas antiguos: hierro, resina quemada, un perfume floral que recuerda a tumbas frescas. El aire se hacía más denso con cada paso; las luces, cuando las había, llegaban en pulsos, como si el mundo mismo respirara a intervalos irregulares.

"El Árbol no es sólo madera," explicó el protector en un tono dirigido a los curiosos pero beneficioso para los incautos. "Es un nudo de recuerdos. Todo lo que ha sido consagrado, enterrado, maldito... durante milenios ha convergido allí." Si te metes con las raíces sin cuidado, no solo arrancarás hierro o magia —arrancarás recuerdos, deseos y horrores.

Roxanne permaneció alerta, tocando inconscientemente la empuñadura de una daga. "¿Qué pasa si tenemos que luchar por esto? ¿Qué pasa si algo sale y ataca?"



El protector la miró fijamente por un momento, con un fuerte brillo en sus ojos. "Si se calcula cada paso, nadie necesita morir. Pero si entras con la cabeza furiosa... entonces el Árbol te reconocerá como depredador, y el bosque responderá con lo que ha aprendido a devorar."

